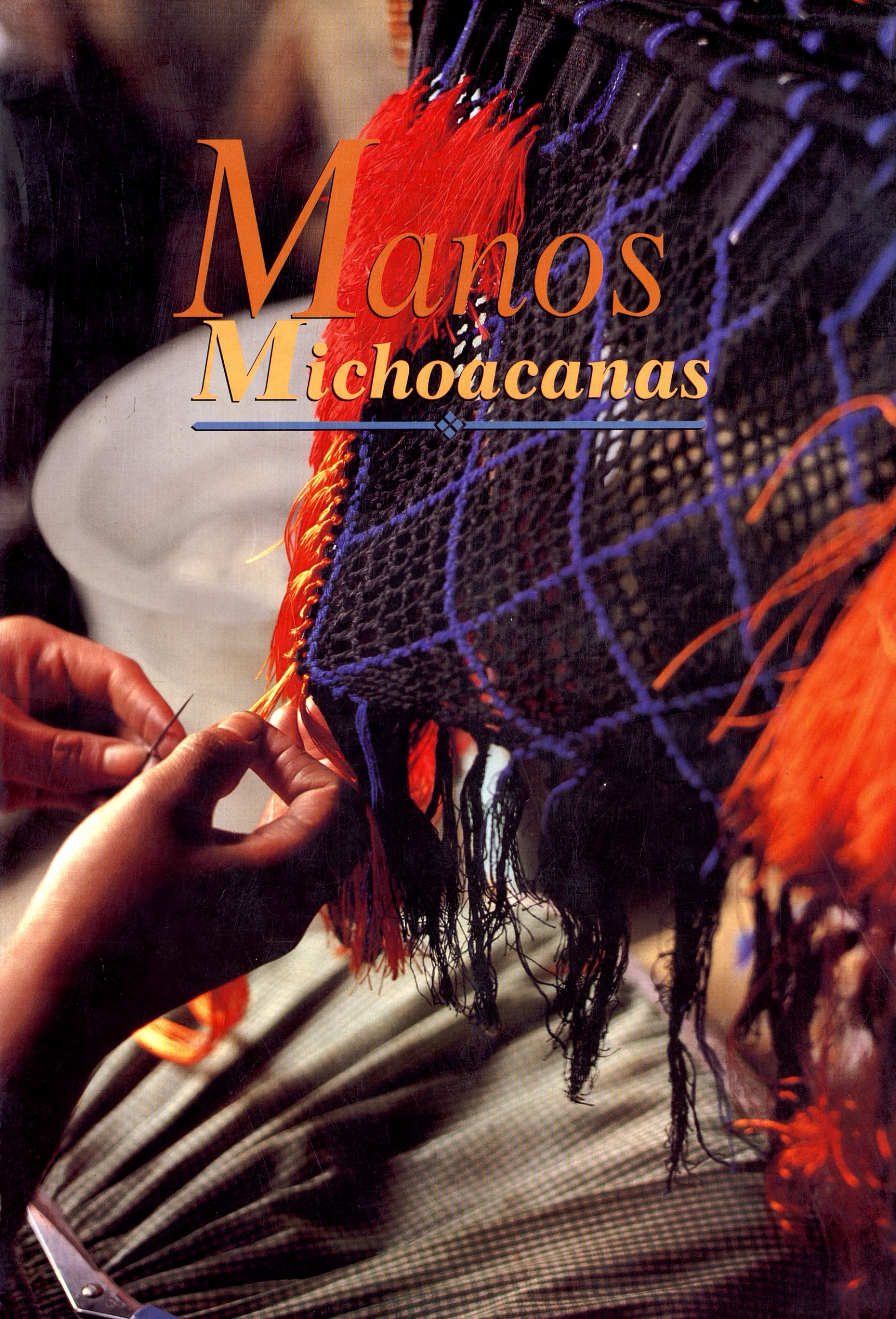




Manos Michoacanas

Manos Michoacanas

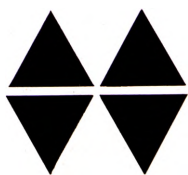
Verónica Oikión Solano, coordinadora

*María del Pilar Alvarado
Josefina María Cendejas
Roberto G. Cruz Floriano
Armando Mauricio Escobar Olmedo
Manuel González Galván
Moisés Guzmán Pérez
Miguel J. Hernández M.
Fernando Martínez Cortés
Francisco Miranda Godínez
Laura América Pedraza Calderón
Amalia Ramírez Garayzar
Cayetano Reyes García
Gerardo Sánchez Díaz*

*Fotografía:
Vicente Guijosa
Raúl Ramón Ramírez
Rolando Sandoval*



EL COLEGIO
DE MICHOACÁN



GOBIERNO DEL
ESTADO DE
MICHOACÁN



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

BIBLIOTECA LUIS GONZALEZ
EL COLEGIO DE MICHOACÁN



Contenido

Manos a la Obra
Verónica Oikión Solano
El Colegio de Michoacán

15

Sobrevivencias de Artesanías Prehispánicas

Francisco Miranda
El Colegio de Michoacán

35

El Trabajo Manual Purépecha en la Época Colonial

Cayetano Reyes García
El Colegio de Michoacán

49

*Manos de Arrieros y Lomos de Mula en la Economía
Michoacana del Siglo XIX*

Gerardo Sánchez Díaz
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

65

Tierra, Manos, Agua y Fuego. El trabajo en el alfar

Josefina María Cendejas
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

83

Rebozos Purépechas
Amalia Ramírez Garayzar
El Colegio de Michoacán

101

El Encaje y el Armadillo. Creando arte en cobre

María del Pilar Alvarado R.

Miguel J. Hernández M.

El Colegio de Michoacán

117

Manos Maqueadoras

Laura América Pedraza Calderón

El Colegio de Michoacán

129

Tsireri Jatarhakua Orhoeri Tsiriri. «Pasta de caña de maíz»

Roberto G. Cruz Floriano

Artesano de Tzintzuntzan

145

Plumaria Michoacana

Armando Mauricio Escobar Olmedo

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

161

Los Plateros y la Platería en Michoacán

Moisés Guzmán Pérez

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

177

Las Manos del Municipio de Tlalpujahua

Fernando Martínez Cortés

Academia Nacional de Medicina

193

Del Alfarje al Artesonado

Manuel González Galván

Universidad Nacional Autónoma de México

205

Índices

Ilustraciones

Onomástico

Toponímico

221



SOBREVIVENCIAS DE ARTESANÍAS PREHISPÁNICAS

Francisco Miranda

MANOS
MICHOCANAS
me permite hacer una exploración en el tiempo para recuperar

lo que subyace a las habilidades artísticas michoacanas en la experiencia de otras épocas. Quienes se han ocupado

de nuestros componentes étnicos es probable que no se percaten de que cuando hablamos de la parte indígena de lo michoacano no podemos partir

de un todo unívoco, lo purépecha, sino que estamos englobando una pluralidad en los elementos constitutivos de esa herencia.

Con sólo atender a las lenguas que en nuestro territorio se hablaban, nuestra herencia indígena habría que compartirla casi por igual con los nahuas que también ocuparon importantes regiones del Michoacán prehispánico si le adjudicamos los límites que se le señalaron a la diócesis, que se extendía más allá de las fronteras actuales del estado. Las varias lenguas que se hablaban aún, pasados varios años de la llegada de los españoles, esconden una gran diversidad de grupos. Diversas y tan diferentes que nos admira su total desaparición en los tiempos presentes.¹



Lo michoacano, pues, significa desde antiguo una clara vocación a la inclusión que es riqueza y no a la exclusión que empobrece. Desde hace mucho ha habido la convicción,

al igual que con otros mitos quiroguianos, de que el inventor de las artesanías y su introducción como especialidad en las comunidades michoacanas fue el

obispo don Vasco de Quiroga.

Nada estorba a la benemerencia de tan ilustre personaje establecer una más exacta contribución suya. Es necesario afirmar la existencia de una exquisita artesanía michoacana desde la época prehispánica, que se basa en el genio continuado de las gentes y de sus hábiles manos, que la ha hecho llegar hasta nuestros días.

La presencia de don Vasco es indiscutible en la introducción de algunos cultivos, así como de artesanías europeas compartiendo el mérito con los religiosos. Se afirma que a él se debe el concepto de competitividad para que ésta resultara complementaria y no lesiva a la economía, dejándole a cada pueblo su «destino» y, sobre todo, la organización de los mercados con la

1. En un informe al rey del segundo obispo de Michoacán, don Antonio de Morales, publicado como apéndice en Francisco Miranda, *Don Vasco de Quiroga y su Colegio de San Nicolás*, Morelia, 1971, se indica esa variedad de lenguas hacia 1571, aunque referida sólo a los beneficios atendidos por clérigos. Los habitantes

de Asuchitlán se indican como hablantes de mexicano aunque tienen lengua propia. Se habla la lengua cuitlateca junto con la mexicana en la Costa, entre Acapulco y Zacatula, lo mismo que del otomí de Apaseo, o la chichimeca barbarísima de Sichu. Sabemos del pirinda de Charo.



distribución por ellos de cada día de la semana y el personal aprecio que él hizo de las habilidades de los michoacanos, difundiendo sus artesanías en Europa.²

EL GENIO MICHOACANO

presente en las distintas manifestaciones de su vida fue una de las primeras cualidades que apuntaron los antiguos cronistas, como el franciscano Alonso de la Rea, subyacente en las artesanías de Michoacán. Hace fray Alonso un continuado elogio de la viveza de los michoacanos que no la limitaban a ésta o aquella materia sino que eran sobresalientes en cuanto emprendían, dejando en frases lapidarias su opinión, que aunque está cegada por el cariño del queretano a sus feligreses podía ser contradicho:

«Es en ellos tan nativa la circunspección, que entre todos los de esta tierra se conoce el tarasco, así en la viveza de las palabras, como en la sutileza y disposición de sus negocios. Son eminentes en todos los oficios, de tal manera que sus curiosida-

des han corrido a todo el mundo, con aplauso general; particularmente en la escultura son tan consumados, que confiesa la fama ser la mejor de estas partes; juntamente, son tan eminentes pintores, con tan linda gala y primor, que todas las iglesias de esta provincia están adornadas de lienzos y láminas, hechas de los mismos indios [...]»³

Injusto sería, sin embargo, no referir este elogio a todos los indígenas —al menos a los mesoamericanos— como gustaba hacerlo muchos años antes fray Bartolomé de las Casas. Al referirse al ingenio de los indios nos describe la manera de introducirse a los nuevos oficios traídos por los españoles con sólo ver trabajar a los artesanos. Su obra, hay que advertirlo, es parte de una tesis en que Las Casas queda sobresaliente, la defensa de la cultura indígena y su reproche a los malos tratos de sus connacionales que ciegamente destruían la maravilla del hombre y cultura americanos:

«Acaeciales a los principios estar un indio envuelto en una manta, que no se le parecían sino los ojos, como ellos se ponen, no muy cerca de una tienda de un platero de los nuestros, disimuladamente como que no pretendía mirar nada, y el platero estar labrando de oro o de plata alguna joya o pieza de mucho artificio y muy delicada, y de sólo verle hacer alguna parte della, irse a su casa y hacello tanto y más perfecto y traerlo desde a poco en la mano para lo vender a quien se lo comprase.

En todos los oficios y destas cosas han hecho y contrahecho millares de las nuestras y muy perfectas, y por esto se guardan mucho todos nuestros oficiales de hacer cosas de sus oficios delante dellos; ninguna cosa ven, de cualquiera oficio que sea, que luego no la hagan y contrahagan [...]»⁴

2. En carta del provisor Juan García a don Vasco, 12 de marzo de 1549, publicada como apéndice por don Nicolás León en su obra *Don Vasco de Quiroga, grandeza de su persona y de su obra*, Morelia, 1984, p. 319, aquél le avisa que está por enviarle imágenes de pluma que Quiroga le pide desde España.

3. Alonso de la Rea, *Crónica de la orden de n. seráfico p.s. Francisco, provincia de s. Pedro y s. Pablo de Mechoacán en la Nueva España*, Zamora, El Colegio de Michoacán-Fideicomiso Teixidor, 1996, p. 79.

4. Fray Bartolomé de las Casas, *Apologética historia sumaria*, cap. LXIII. México, UNAM, 1967, tomo I,

VASCO DE QUIROGA

es figura señera e indiscutible, no sólo porque a él se atribuye la mencionada reorganización económica de la Provincia después del trauma de la conquista, sino por el calor que dio a la preservación y mejoramiento de un estilo de vida que hasta nuestros días han sobrevivido. Obviamente pudo haber introducido aquellos oficios que dieron solución a necesidades planteadas por la nueva cultura como los instrumentos músicos, o las artesanías que dependían del hierro o aquéllas que se relacionaron con la escritura y algunos tipos de pintura.

Fue a él a quien se ha atribuido la reivindicación de los valores humanos, violados sistemáticamente en el choque de las razas y las culturas del violento primer tiempo de la Nueva España.

Funcionario real del más alto rango como oidor de la Segunda Audiencia, fue luego primer obispo de Michoacán. Su llegada a partir de 1530, con el presidente Ramírez de Fuenleal y demás oidores, ayudó a poner orden en el caos creado por las arbitrariedades de la autoridad —Nuño de Guzmán se ha tomado como prototipo—, que dejaba correr pasiones y bajos instintos volviendo normal el abuso de los fuertes y la opresión de los vencidos, dificultando la siembra de la fe y un orden humano con las bases firmes de igualdad y justicia, en el desarrollo de las virtudes humanas y de las cualidades ya descritas, adorno del indígena sometido.

Después del paso devastador por Michoacán del conquistador de Nueva Galicia, Guzmán, quien ejecutara al último Cazonci y saqueara las riquezas de la Provincia, aparece Vasco de Quiroga como principio del buen

trato y gobierno que lo harán el pacificador de Michoacán de donde vendrá a ser nombrado en años siguientes como su primer obispo.

Cuando Quiroga viene a América no es todavía un hombre viejo, como se le ha creído poniendo su nacimiento en 1470; hay que aborarlo casi veinte años de vida, retrasándola a 1488. Debió, así, tener unos cincuenta años cuando se le consagra obispo en 1538, muriendo en Pátzcuaro —y no en Uruapan— en 1565, de casi ochenta años.

Originario de Madrigal de las Altas Torres, fue paisano y familiar de la reina Isabel la Católica en cuya corte servía su familia. Gallego por parte de su padre y castellano por su madre, su escudo de nobleza se armaba por las cuatro líneas.

Letrado brillante, graduado en Salamanca, tuvo importantes responsabilidades para la Corona española en las regiones de



cultura islámica incorporadas a España a partir de la reconquista y toma de Granada en 1492. Su venida a América la decidió buscando una mejor manera de realizar su vida en el servicio a su rey y a su conciencia, aceptando con el obispado de Michoacán, el estado eclesiástico.

Fue notable su actuación desde su llegada a Nueva España, ya en agosto de 1531 proponía su proyecto de los Hospitales Pueblo de Santa Fe, experimento social de grande audacia inspirado en la *Utopía* de Tomás Moro. Iniciado con el de Santa Fe de México, los continuó con el de Santa Fe de la Laguna y un probable en Santa Fe del Río, a partir de 1533, en ocasión de su visita a Michoacán, región a la que quedaría ligado de por vida.

p. 326. Relacionado con la general capacidad indígena afirma: «Cuanto a las otras artes liberales, como gramática y lógica, que hasta agora les han querido enseñar, nadie ignora de los que han estado en la Nueva España, seglares, y menos eclesiásticos y religiosos, cuán mucho en ellos son aprovechados y qué buenos latinos especialmente son, que es en lo que más los han ejercitado. De donde asaz queda y se tiene así por claro que cada y cuando les quisieren dar estudio y doctrina en las otras sciencias, saldrán dellos buenos y quizá muy señalados». O.c. cap. LXIV, tom. I, p. 335. Al lado de Las Casas hay que recordar a fray Toribio de Benavente o Motolinía que en Tratado Tercero de su *Historia de los Indios de la Nueva España* dedica varios capítulos a la alabanza de la capacidad e ingenio de los indios.

Una de las comisiones señaladas a Quiroga para esa visita fue la fundación de una ciudad que sirviera de capital a la provincia. El nombre de Granada, escogido para ella, nos liga a la experiencia previa de don Vasco antes de venir al Nuevo Mundo y nos indica aprecio por una tradición artesanal que allá había y que acá también va a encontrarse y rescatarse del caos que amenazaba sepultar la sabiduría de los michoacanos.

Habiendo rehusado aceptar ser el primer obispo de Michoacán el franciscano Luis de Fuensalida, las gentes que conocían las calidades humanas y cristianas del oidor Quiroga sugirieron su nombre para esa tarea.

LOS OFICIOS

prehispánicos a que nos vamos a referir, como favorecidos por Quiroga y cuya sobrevivencia honra a los michoacanos, son el del adorno, de la plumería, de la laca, la escultura de caña de maíz y la metalurgia, con especialidad en el trabajo del cobre.

Refiriéndose a las artesanías u oficios de los distintos pueblos michoacanos y su relación con Quiroga, apuntaba desde el siglo pasado don Vicente Riva Palacio:

«Don Vasco de Quiroga, buscando no sólo la cultura sino la alianza y estrechez entre los pueblos de Michoacán y que unos necesitasen siempre de la industria de los otros, sin hacerse ruinosas competencias, descubrió el medio sin duda más acertado, aunque propio sólo de pueblos que están en la infancia de la civilización y de la cultura, dedicando cada pueblo exclusivamente a un arte u oficio, y así ordenó que en Capula, pueblo que hoy en honor suyo lleva el nombre de Quiroga se labrasen y pintasen cajas de madera con cierta clase de figuras; en Uruapan se fabricasen exclusivamente jícaras (escudillas formadas con la cáscara de un fruto) dándoselas una pintura y un barniz particular, cuyo secreto conservan aún aquellos indios y es la envidia de los fabricantes de carruajes, pues nada les hace perder el color ni el brillo, resistiendo sin alteración el agua a la más alta temperatura; en Teremendo estableció la construcción de calzado; la música en Paracho;

en Tzintzuntan y en Patamba la alfarería; en San Felipe todas las manufacturas de hierro y así en otros muchos pueblos».⁵

Sin embargo, por *La Relación de Michoacán* sabemos la existencia de los gremios en la época prehispánica para el desarrollo de distintos oficios. Notable la abundancia de los mismos que asegura la preexistencia de manualidades que se pudieran atribuir al nuevo orden influido por la presencia española: Artesanos de mantas, plumajeros —labraban de pluma los atavíos de sus dioses y hacían los plumajes para bailar—.

«Éstos —se nos dice— tenían por los pueblos muchos papagayos grandes colorados y de otros papagayos para la pluma y otros les traían plumas de garzas, otros otras maneras de pluma de aves. Los plumajeros labraban rodela de mando, estandartes y vestidos para los nobles, de pluma de aves ricas y de papagayos y de garzas blancas; las banderas eran de plumas de aves puestas en unas cañas largas».

Ejemplares de esos trabajos aparecen en las láminas de *La Relación*.⁶

Había curtidores o pellejeros, canteros, carpinteros, zapateros, navajeros, plateros (diestros en hacer distintos objetos en metal como mitras, brazaletes de plata, guirnalda de oro y otras joyas). Otros hacían guirnalda de flores, para adorno de los edificios y de las personas. La hechura de tambores y atabales para sus bailes, agregaba otra especialidad artesanal, los mismo la de los que pintaban jicales, *uranitari*, además de pintores de códices y otros adornos y la decoración de las trojes. Los olleros fabricaban jarros, platos y escudillas y todo tipo de loza para el uso cotidiano.

Los secretos de los artesanos michoacanos los volvían singulares y los objetos acá producidos eran codiciados. La habilidad de los artesanos michoacanos se prolongó en otro renglón altamente apreciado por los mismos indios vecinos y por los españoles, el de la plumería.

5. Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos*, el virreinato, México, ed. Herrerías, tomo II, p. 219.

6. Fray Jerónimo de Alcalá, *La Relación de Michoacán*, Introducción, nueva paleografía, ordenación coloquial de Francisco Miranda, Morelia, Fímax, 1980.

EL ADORNO

y la importancia que tenía en el México prehispánico hacen explicable la admiración con que nos hablan los primeros misioneros de esa rara habilidad para hacer artificial la naturaleza en su complicada variedad y belleza. Una de las experiencias inolvidables fue la que nos relata Motolinía de la celebración del *Corpus* en Tlaxcala en 1538 y otras fiestas y las escenificaciones que allí se hacían.⁷

Fray Luis de Cisneros en su historia de la Virgen de los Remedios resalta la capacidad de los indios para el adorno, al grado de que su ausencia provocaba la falta de lucimiento que tuvieron las fiestas de la traída de la Imagen a México, cuando por la peste de 1576 los indígenas no pudieron ocuparse del adorno de la ciudad de México.⁸

Una narración como la que nos recoge *La Relación de Michoacán* en su primera parte, no la podemos entender por su tamaño y sabiendo que se presentaba en una sola sesión, sino con un gran aparato escénico y la variada declamación de su texto. Escenificación y decorado probablemente sugerido en las distintas láminas con que se adorna el texto conservado en El Escorial.⁹

Como ya hemos indicado, entre los oficios que daban origen a los gremios en que estaba organizado el trabajo de la comunidad michoacana, existían los relacionados con el adorno. Los que hacían flores o guirnaldas para las cabezas, los pintores, los que pintaban jicales o los plumajeros. En la misma casa del Cazonci la existencia de joyas de todo género, bezotes de oro y de turquesas, orejeras y brazaletes, sarta-

7. Toribio de Benavente (Motolinía), *Historia de los Indios de la Nueva España*, Barcelona, 1914. cap. XV, p. 77 ss, describe las fiestas del Corpus y de San Juan del año de 1538 en Tlaxcala.

8. Fray Luis Cisneros, *Historia de el principio, progresos y venidas a México y milagros de la Santa Imagen de nuestra Señora de los Remedios, extramuros de México*, México, 1621: «Colgadas todas las calles aunque no con el ornato músicas, arcos y juncias que otras veces, porque

los que suelen adorar, y para ellos tienen particular cuidado son los indios y entonces estaban de manera todos, que apenas parecía nadie por la gran mortandad». O.c. p. 86v.

9. Hace falta una adecuada reproducción, en toda su brillantez, de esa parte gráfica de tan magnífico texto. Refiero, con su limitación, la reproducción fotográfica hecha por Fímax de Morelia para ilustrar el texto de mi versión, ya citado.



para las muñecas y plumajes, nos hablan de la exquisitez de esas artesanías relacionadas con el adorno.

En septiembre pasado, introduciendo la exhibición de fotografías sobre «Santos y adornos en la región tarasca»¹⁰ invitaba a mayor búsqueda de esa tradición artística de la comunidad indígena que, sobrepasando la simple dimensión plástica de una bella fotografía, nos permitiera encontrarnos con el adorno como el lenguaje por excelencia del culto que se tributa a las imágenes en la cultura purépecha.

Así —decía yo—, cuando en la seducción del otoño michoacano, o salida de las aguas, la comunidad de Patamban nos invita a su fiesta del adorno debemos tener ojos para darnos cuenta de los altos valores estéticos que esconde ese arte efímero de los tapetes, los arcos, la juncia y las colgaduras con que todo un pueblo se adorna para ofrecer homenaje a Cristo Rey en su fiesta del último domingo de octubre. Sólo el cobijo de una tradición tan milenaria como el mismo pueblo hace que suceda, y en la forma que lo hemos vivido. Es la comunidad indígena, con toda la tradición del arte del adorno expresada, detrás de la cual se esconde una sabiduría de siglos.

En la ceremonia de recepción de autoridades se sigue teniendo como muy importante el adorno del pueblo, de la casa donde se les recibe y de la misma iglesia, centro ceremonial de la comunidad. En todo lo que se refiere a la fiesta, el gusto indígena se impone por su colorido a la monotonía de otras culturas que no captan, como ella, la importancia de lo festivo.

Todavía se mantiene en muchas comunidades el «enrosamiento» semanal del *Yurishu* u Hospital con particular atención a la imagen de la Inmaculada; con muy poco esfuerzo podríamos disfrutar esa esplendidez del adorno que vuelve artístico lo banal y cotidiano.

De fray Bartolomé de las Casas, finalmente, recojamos el elogio sobre este arte del adorno:

«De flores y de diversas yerbas hacen las mismas armas y otras muchas cosas, como

si las pintasen de colores con pincel, y hay desto solamente oficiales que no entienden ni tratan de otra cosa y esto que hacen y componen de flores diversas, porque hay muchas en aquella tierra, es cierta sotileza, y donde mucho se esmeran y se podría mucho encarecer [...]»¹¹

LA PASTA DE CAÑA

es una artesanía que se busca hacer resurgir, el pasado mes de agosto se tuvo una Mesa Redonda en las instalaciones del CREFAL en Pátzcuaro, precedida por una exposición de imágenes de los alumnos de un nuevo taller para el uso de la pasta de caña de maíz, lo que da ánimos para pensar en la sobrevivencia de este delicado trabajo.

Las fuentes y la tradición no nos permiten dudar que el trabajo de la caña de maíz es una de las artesanías michoacanas singulares. Siempre ha tenido una dedicación cultural, al usarse para la fabricación de las imágenes de los dioses prehispánicos habiendo entre los sacerdotes quienes tenían como oficio llevarlos a cuestras.

La desaparición de ejemplares prehispánicos de esta industria se explica por lo perecedero de la materia y, sobre todo, por la destrucción sistemática de la idolatría. Sabemos que como consecuencia de la visita que don Vasco hiciera a Michoacán en 1533, luego de predicarles las bondades de la nueva fe les pidió entregaran sus antiguos ídolos y de la información que tenemos sabemos que muchos de ellos eran de madera y fueron quemados.¹² La imaginería que ha sobrevivido y en la que ha quedado esta maravillosa técnica es por fuerza la cristiana.

Por lo delicado y frágil del material, el corazón de la caña de maíz, se han venido buscando alternativas en otros materiales ligeros como el qurote del maguey que fue y sigue siendo usado en la fabricación de imágenes, así como la madera de colorín de gran ligereza y mayor consistencia.

10. *Santos y adornos en la región tarasca*, exposición fotográfica de Alberto Vásquez Cholico, inaugurada el 5 de septiembre de 1997 en el Colegio de Michoacán.

11. Fray Bartolomé de las Casas, *Apologética historia*, c. LXIII, p. 327.

12. Rafael Aguayo Spencer, *Don Vasco de Quiroga, documentos*, México, 1939: Juicio de Residencia, interrogatorio de descargo pregunta XXXIII.



formada con la mencionada pasta desde la cabeza hasta el pecho y el resto del cuerpo lo constituye una armazón cubierto con género extendido. Habiéndose abierto la cabeza se encontró que estaba hueca, mostrándose con toda claridad en su parte interna las huellas de los dedazos con que el artífice hizo la aplicación de la pasta sobre el molde exterior que sirvió para dar la forma de la cara. La cabeza está unida al cuello por medio de tiras de caña de maíz pegadas con *tatzingui*.¹⁵

Una de las imágenes más célebres desde los tiempos de don Vasco es la de la Virgen de la Salud de Pátzcuaro. De ella se ocupa el jesuita Francisco de Florencia en su *Zodiaco Mariano* y refiere que todavía a fines del siglo XVII la imagen se conservaba en material de caña de maíz, aún en su ropaje. Entrando la moda de vestir las imágenes, tuvo que recortarse el original que estaba formado totalmente de pasta de caña, haciéndose de esa pasta una multiplicación de imágenes, réplicas que se distribuyeron por distintas partes incluyendo Las Filipinas y España.

15. Bonavit, *l.c.*

El mismo doctor Bonavit sigue hablando de los materiales usados en la industria de las imágenes: «*tatzingui* significa engrudo *tatzingueni* engrudar, los bulbos son los de la aroracua u oraracua, su nombre científico *sobralia citrina* que popularmente se conoce como limoncillo».¹⁶

Hizo Bonavit el experimento de mezclar sus bulbos con la pasta de caña, resultando óptima la de dos partes de corazón de caña con cinco de orquídea. Obtuvieron buenos resultados con la itzumacua (*laelia majalis* –lirio de mayo–) o flor de Corpus y la *laelia autumnalis* o flor de todos santos o muertos o lirio de san Francisco.

La técnica tradicional ha venido deteriorándose paulatinamente, y aunque de las imágenes investigadas por Bonavit no sabemos el tiempo de su hechura, eran ciertamente anteriores a los tiempos que él vivió. Ya don Julián nos informaba de ese creciente deterioro y sustitución de la técnica en la imaginería michoacana:

«Hemos visto un san Antonio cuyo núcleo está formado exclusivamente de varas de caña amarradas unas con otras, entre las cuales dos bastoncillos de ma-

16. *Ibidem.*

dera de pino sirven para fijar la imagen sobre la peaña, mientras sobre el burdo armazón un lienzo, toscamente modelado y pintado, sirve al santo de vestido».

Apolinar Caracosa, dejó en la región de Coalcomán (siendo cura Ramón Montañón), Aguililla (cura Domingo Méndez), Tumbiscatío (cura Tiburcio Rubio) imágenes [que fabricaba en la siguiente forma]:

«De la médula del quiote de maguey cortaba tiras que cocía en una agua en que había puesto jugos venenosos de algunos vegetales con el objeto de que el quiote se preservara de la polilla; después juntaba dichas tiras en un haz que llevaba en el centro una alma de otate, cocolmeca o cintas de rabalero, uniendo todo esto por medio de pegadura y prensando a continuación el conjunto; modelaba la obra empleando la gubia, envolvía el todo en cotence delgado y ralo, y por último procedía a darle encarnación a la imagen; las manos y los pies hacíalos de madera de copal o colorín. También solía servirse para los núcleos de un manojito de *caratacua* bien aprensada en estado verde, sin que le faltase el alma de madera y el baño correspondiente para preservarla de la polilla. Al ofrecer a los rancheros sus esculturas solía decirles que ajustándose a un precio más alto que los anteriores, podría hacérselas en pura madera de colorín».¹⁷

Sobre la industria de las imágenes de caña nos informa el ya citado La Rea exaltando la maestría de imagineros paztcuarenses de apellido Cerda y su descripción de la técnica coincide con la descripción que con amplitud hemos transcrito:

«Porque cogen la caña del maíz y le sacan el corazón, que es a modo de corazón de cañaaja, pero más delicado, y moliéndolo, se hace una pasta con un género de engrudo, que ellos llaman *tatzingueni*, tan excelente, que se hacen de ella las famosas hechuras de cristos de Michoacán; que fuera

de ser tan propios y con tan lindos primores, son tan ligeros que, siendo de dos varas, al respecto pesan lo que pesaran siendo de pluma; y así han sido y son las hechuras más estimadas que se conocen».

LAMETALURGIA

logra ser otra especialidad artesanal tarasca en la que el mismo La Rea destaca la exquisitez de las mascarillas, joyas y juguetes de antes que fue canalizada en la nueva cultura al hacer de campanas, trompetas y sacabuches. Definiéndolos en este arte como los mejores.

El apologista Las Casas abunda, como en todo lo que se refiere a la cultura indígena, sobre los demás metalurgos:

«De los plateros de aquella Nueva España, por sus subtilísimas y egregias obras no son indignos de nos admirar. Obras han hecho y hacen de toda otra sotileza que otros en cualesquiera partes de nuestra Europa tengan y hagan extrañas; y lo que más las hace admirables, que las obran y labran con solo huego y con una piedra o pedernal, sin instrumento alguno de hierro ni cosa que para la sotileza y primor dellas los pueda ayudar. Hacían aves, hacían animales, hacían hombres, hacían ídolos, hacían vasos de diversas formas, hacían armas para la guerra, hacían cuentas o rosarios, hacían collares, hacían ajorcas, hacían zarcillos y otras muchas joyas que traían los hombres y mujeres.

Todo esto hacen fundiéndolo, y vaciándolo sacan un vaso como jarro o una como caldereta con su asa de vaciado, como una campana, no pegada el asa, sino suelta, que se anda de una parte a otra. Sacan un ave como un papagayo, que se le anda la lengua como si vivo la menease, y también la cabeza y las alas; un rostro de águila lo mismo, una rana y un pescado señaladas muchas escamas, una de plata y otra de oro, todo de vaciado, que espanta a todos nuestros oficiales. Vacían una mona de oro que juega con los pies y con las manos, teniendo un huso, que parece hilar, o con una manzana que parece que la come y otras cosas

17. *Ibidem*.

de risa semejantes. Acaece fundir un plato de cuarto o de más cuartos, y un cuarto es de oro y otro de plata, y este secreto también es oculto a nuestros oficiales. Hacían otras millares de cosas señaladas en tiempo de su infidelidad, pero ahora de las nuestras labran muchas más, como cruces, cálices, custodias, vinajeras y vasos para el altar, y otras muchas muy polidas y delicadas».¹⁸

Lo más destacable del genio tarasco en el manejo de los metales fue sin duda la invención del endurecimiento del cobre virgen, preparándolo con la reacción química de su cocción con el añil y el martillado en frío. Las herramientas y armas que pudieron conseguir les dio una ventaja sustancial sobre las demás culturas que se quedaron en la época lítica y dio al tarasco los instrumentos mecánicos en hachas, azadas o coas y puntas de flecha y su injerto en la madera para las porras que hizo invencibles en el enfrentamiento con sus vecinos. Teniendo la ventaja adicional de esos instrumentos en la construcción de sus casas de madera, favoreciendo una mayor productividad agrícola y la superioridad guerrera ya indicada.

Por más importante que fuera este invento para la cultura indígena, la industria del cobre virgen tuvo que ceder a la importación del hierro, conservándose hasta la actualidad una importante industria en el martillado de Santa Clara. Acosta¹⁹ en el siglo XVI, instrumentos de los que han quedado ejemplares e imágenes en *La Relación de Michoacán*. Beaumont lo recordaba todavía en el siglo XVIII afirmando que suplía al hierro.²⁰

LAPLUMARIA

es otra de las artesanías prehispánicas que se ha intentado rescatar como la de la caña de maíz, aunque ha quedado muy lejos de la perfección

con que se nos describe la ejercida por los antiguos y se nos describe en relatos y crónicas.

En el siglo pasado la curiosa Madame Calderón de la Barca buscó conocer esa industria, dándonos cuenta de su desilusión por lo que ya entonces sobrevivía.

El cronista La Rea intenta hacernos creer que la industria plumaria fue invento de los tarascos, lo que es difícil demostrar, aunque ciertamente fueron singulares en ese arte:

«Huitzilin que significa un pajarito muy pequeño, verde, que chupa las flores, sustentándose con el humor de ellas. A este dios consagraron su primera ciudad, dándole el mismo nombre, que fue Tzintzuni, que significa el mismo pájaro y la llamaron Tzintzuntzan, que significa pueblo del pájaro verde o del dios Huitzilopochtli [...] a lo dicho se opone una objeción vulgar y es que el llamar a Tzintzuntzan con aqueste nombre, es porque hay muchos pájaros de éste género en su comarca, lo cual no conviene por muchas razones, porque no son tantos como se encarece. Y también porque desde luego dieron los tarascos en hacer de las mismas plumas la imagen del dios Huitzilopochtli [...] con una rodela en la mano izquierda y en la derecha un dardo o vara de color azul [...] en la frente un penacho de plumas verdes y lo restante rayado [...] así lo pintaron antiguamente y de esta ficción tuvo principio la ingeniosa fábrica de plumas verdes».²¹

En lo que sí debemos darles el crédito es en el ingenio con que lograron destacar en este arte. A La Rea le tocó ser contemporáneo al esplendor novohispano de ese arte que nos describe con gran entusiasmo:

«Impelida de su natural viveza, inventaron los tarascos cosas tan singulares, como lo han sido las de pluma [...] El modo de engarzar las plumas de diversos colores es que, después de haber cortado las plumas en partículas tan pequeñas que cada una parece un punto indivisible, se coge una penca de maguey y sobre ella, con

18. Las Casas, *Apologética historia*, cap. LXIII, UNAM, p. 326.

19. José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, libro cuarto, cap. III, México, FCE, 1962, pp. 143-144.

20. Fray Pablo de Beaumont, *Crónica de Michoacán*, tomo II, cap. VIII, México, Archivo General de la Nación, 1932, p. 49. Daniel Rubín de la Borbolla, «Orfebrería tarasca» en *Cuadernos Americanos*, núm. 3, 1944, pp. 125-138.

21. O.c. pp. 74-75.



cola muy bien templada, se van organizando todas las plumas y hacen una iluminación tan vistosa que parece niegan aquí desvanecidas las galas de su natural coordinación. Cada partícula se pone de por sí, con tanta presteza como la aperci-be la facultad, siguiendo las líneas y círculo del bosquejo sobre que se obra tan exquisito primor. Hácense de este género de iluminación de pluma imágenes, col-gaduras, adargas, ornamentos, mitras y marlotas, con tan linda vista, que jamás la perspectiva tuvo mejor motivo para olvidar las galas de la primavera». ²²

Beaumont nos asegura, para el siglo XVIII, la sobrevivencia de esta artesanía recordándonos que venía desde los años anteriores a la Conquista:

«Solían en su gentilidad formar de estas plumas, aves, animales, hombres, capas y mantas para cubrirse; vestiduras para sus sacerdotes y templos; coronas, mitras y rodela, mosqueadores con otros curiosos instrumentos, que les sugería su imagina-

ción. Estas plumas eran verdes, azules, rubias, moradas, pardas, amarillas, negras y blancas, no teñidas por industria sino como las crían las aves que cogían y mantenían vivas al intento, valiéndose hasta de los más mínimos pajarillos [...]»

Pasa luego a contarnos el éxito de la imagería que con esa técnica se siguió realizando y refiere que en el siglo XVI el padre Acosta había sido testigo de la admiración que causó en Felipe II y en el papa Sixto V y en el mismo tiempo suyo a notables de la Academia de Ciencias de París como su maestro Morán. Advirtiéndole que para su tiempo ya no se trabajaban con tanto primor y empezaban a escasear. ²³

No es extraño que del mismo fray Bartolomé de las Casas venga el elogio más cálido sobre este arte que todos los amantes de las culturas indígenas elogiaban. Lo profuso de la cita no excusa de incluirla aunque no de indicarla, especialmente que da el crédito a los artistas michoacanos como superiores en este arte. ²⁴

22. O.c., lib. I, cap. IX, p. 80.

23. Beaumont, o.c., tomo II, cap. VIII, p. 48.

24. Las Casas, *Apologética historia*, cap. LXII, p. 323.

Aludimos ya a la Marquesa Calderón de la Barca cuyo testimonio a mediados del siglo XIX nos indica la plena decadencia de este arte, como muchos otros que tuvieron su mayor crisis con el término de La Colonia:

«Estábamos muy ansiosos por ver algunas muestras de aquellos trabajos de mosaico [de plumas] que todos los escritores antiguos de México celebran, y que en ninguna parte como en Pátzcuaro floreció con tanta perfección [...] Pero nos dicen que ya hace más de veinte años que no vive en Pátzcuaro el último artífice de mosaico que quedaba, y aunque las monjas se emplean en imitarlos, ya no se cultivan con la pureza que supieron darle».

Resignada se queja del materialismo que ha hecho perecer esas muestras del ingenio humano para cerrar con una reflexión, quizá válida para nuestra época:

«Nuestros antepasados disponían de más tiempo, y es posible que nuestros descendientes digan lo mismo respecto de nosotros, pero aunque así no fuere, ellos serán capaces quizá, y debido a la fuerza de las circunstancias, de 'Dar la vuelta al mundo en cuarenta minutos'».²⁵

EL MAQUE,

o pintura de Peribán, conocida por los nombres importados de maque y laca, es señalado por La Rea como de la invención tarasca, aunque era arte común con otros pueblos sus características especiales le venían del diseño, de la técnica usada y del uso en objetos fuera de lo cotidiano. Sabemos que uno de los tributos proporcionados por los michoacanos a los españoles fueron las jícaras, apreciadas por su arte y hermosura y que éstas eran ofrecidas a los visitantes y usadas en lo normal de la vida. Objetos en laca aparecen en *La Relación*, entre los que destaca el guaje usado por el Petamuti —sacerdote mayor— que agregaba a la pintura estar engastado de turquesas.

De don Vasco de Quiroga, a quien empezamos haciendo alusión, sabemos que la derivó desde los primeros momentos a hacer escribanías, camas y otras piezas en madera que se hermoseauaban con la sabiduría de una artesanía que había sentado plaza desde hacía tiempo.

El maestro La Rea que escribía su crónica a principios del siglo XVII advertía que éste también era uno de los orgullos de la Provincia:

«Se inventó en esta provincia, y fuera de ser tan vistosa, el barniz es tan valiente, que a porfía se deja vencer del tiempo con la misma pieza en que está pegado; porque siendo natural en todos los colores marchitarse con el uso, perderse y despegarse con las aguas calientes, con los golpes y trasiegos, éste de Michoacán no se rinde ni marchita con el tiempo, sino que se hace tan una pasta con la madera o vaso, que dura lo mismo que él. Lo primero que se hace es dar el primer barniz, y dado, seco y dispuesto, se abren las labores a punta de acero o buril, dibujando las figuras, misterios o países que quieren; y después se van embutiendo los colores, con la división, proporción y correspondencia que ha menester la obra. Hácense excelentes escritorios, cajas, baúles y cestones, tecomates y vasos peregrinos, bateas, jícaras y bufetes, con otras muchas curiosidades».²⁶

Admiraba ya desde el siglo anterior al multicitado fray Bartolomé de las Casas este arte de la pintura de jícaras que se convirtió en otra de las galas michoacanas. Él lo refiere a que era arte conocido en todo el ámbito indígena americano y refiriéndose a ese usar de vasijas las señalaba como fruto de un árbol que en las islas llamaban hibuelo y nos indica el modo de usarlas: «Estas las pintaban por de fuera de muchos colores muy finas y tan asentadas que aunque esten cient años en el agua, nunca la pintura se les quita, y son tan hermosas y tan lindas que al Emperador se le podría servir con ellas, las cuales allí llaman xicaras».²⁷

25. Madame Calderón de la Barca, *La vida en México*, México, Porrúa, 1974, p. 372.

26. La Rea, o.c., lib. I, cap. IX, p. 81.

27. Las Casas, *Apologética historia*, cap. LXII, p. 320.

En el Museo Franz Mayer de la ciudad de México se mantiene en exposición una enorme gama de artículos trabajados con la técnica de pintura entre los que se encuentran los objetos michoacanos procedentes de Uruapan, Quiroga y Pátzcuaro que los especialistas distinguen en sus diseños y técnicas. Se mantiene viva la artesanía en Olinalá Guerrero y en el estado de Chiapas.



Era parte del patrimonio de las familias michoacanas esta herencia de las viejas piezas artesanales en maque y todavía es posible conseguir muestras de esta industria también en extinción que hunde sus raíces en la época prehispánica.

Alentando la curiosidad de recuperar algunas piezas de esta artesanía la viajera del siglo pasado Madame Calderón de la Barca, nos relata en su visita a Uruapan su búsqueda de estas obras de arte que tanto le habían ponderado:

«Las jícaras (*xicalli*), hechas de una especie de calabaza, o, mejor dicho, de una fruta que se le parece, y producida por un pequeño árbol, cuyo fruto cortan en dos, convirtiéndose cada uno en dos platos; le vacían y le dan un barniz muy durable que extraen de una tierra mineral de diferentes colores, y en algunas las doran. Son muy bonitas, duraderas y de ingeniosa traza. Los hermosos colores que emplean para pintar las jícaras se componen no sólo de varios productos minerales, sino también de madera, hojas y flores de ciertas plantas, de cuyas propiedades poseen un conocimiento no desdeñable».²⁸

No podemos dejar en el olvido la derivación que a los instrumentos hicieron los michoacanos de las técnicas de acabado que poseían y en especial de lo que se refería al cuidado de la madera a que nos hemos refe-

rido. En el continuado elogio de lo michoacano que es su crónica, La Rea tiene un lugar para hablarnos de la aportación a la hechura de instrumentos lograda por el genio tarasco:

«Y entre todas estas grandezas tiene también su lugar el haberse hecho por tarascos algunos órganos, todos de palo, con flautas y mixturas, sin que en ellos se haya más que madera, con tan lindas voces como el mejor de estaño; como se ven hoy algunos en esta provincia, admirando el oírlos con tan lindas consonancias».²⁹

Hablar de las manos michoacanas, y de lo artístico en lo artesanal, tiene qué ver más con nuestra herencia indígena que con aquella española. Aunque el legado ibérico que nos podemos adjudicar haya tenido también entre sus componentes la exquisitez de nuestros antepasados de origen moro o judío, ese nos llegó diluido en un mestizaje que se hizo presente en América con más marcado acento en la rudeza del conquistador o en el pragmatismo del comerciante que por la presencia del maestro artesano y las sabidurías herméticas de los oficios gremiales.

La habilidad y sensibilidad artesanal se ha mantenido entre los michoacanos que siguen haciendo de Michoacán una de las regiones más ricas y creativas en el mercado de las manualidades de frente al mercado interno o al internacional que dan justa fama a México. Apreciémoslo como sabiduría heredada de siglos.

28. Madame Calderón de la Barca, *La vida en México*, carta L, p. 368

29. La Rea, o.c., lib. I, c. IX, p. 81.